

Uno de los datos definitorios de la **cultura que va imponiéndose globalmente** es la negación del concepto y la realidad de la naturaleza. Esta negación es de carácter metafísico, con una proyección inmediata en la antropología, en la concepción del hombre. El *Diccionario de la Real Academia* nos ilustra así: la naturaleza es «la esencia y propiedad característica de cada ser». Según la nueva visión de las cosas, no hay nada que sea dado, lo recibido, aquello que nosotros no construimos y que constituye la identidad nativa de cuanto existe. Precisamente, se llama constructivismo la teoría gnoseológica y sociológica que afirma que la realidad -incluso el ser humano en su original bipolaridad de varón y mujer- es producto de la evolución de la cultura, del ingenio y la industria del hombre. **En términos teológicos equivale a la negación de la Creación, es una rebelión contra ella**, no recibimos nada, ya que todo es fruto del devenir histórico; lo hacemos nosotros.

El ejemplo más claro de esta posición es la ideología de género, que altera íntimamente la realidad humana; de acuerdo con esta ficción ideológica en la que culmina la revolución sexual desarrollada en las últimas décadas y acelerada recientemente, no existe una naturaleza de la persona varón y una naturaleza de la persona mujer. La famosa feminista Simone de Beauvoir, en su libro «El segundo sexo», afirma que «mujer no se nace, se hace»; más aún, según ella, la mujer sería un «producto intermedio entre el macho y el castrado».

El reemplazo de «sexo» por «género» se ha hecho corriente en el lenguaje, sobre todo por influjo de un **periodismo ignaro e ideologizado**, y por quienes repiten como loros lo que se pone de moda. Paradójicamente, en una época en la cual se diviniza al cuerpo y se le rinde culto, también se lo desprecia y contradice; la realidad biológica impresa en el cuerpo sería inconsistente. **El género se elige según la inclinación subjetiva y el cuerpo es acomodado a la percepción interior** mediante cirugía o ingesta de hormonas. Puede verse en internet un caso en el cual la confusión llega a un extremo irrisorio -mueve más bien a llanto que a risa- un hombre, que es en realidad una mujer, embarazado por una mujer, que en realidad es un hombre. La exhibición filmada de conductas contra la naturaleza alcanza un grado de perversión sorprendente para las personas normales en lo que se llama «fisting»; por delicadeza me abstengo de explicar en qué consiste.

El «colectivo» que reúne a personas cuyas conductas son hechas públicas y reivindicadas como derechos, **intenta que se reconozcan como naturales y legítimas múltiples combinaciones caprichosas** en nombre de la no discriminación. (...)

Los cristianos hemos de rezar y hacer objeto de nuestro amor a quienes han sido absorbidos por la manera de pensar y de vivir «contra naturam». Ahora bien, quienes niegan que exista la categoría de lo natural, suelen **acusar falazmente de discriminadores a quienes afirman que existe una naturaleza humana** de la cual se siguen determinados comportamientos objetivos, que son los propiamente humanos. (...) Quienes profesan la ideología de género discriminan malamente a la única discriminación válida en este ámbito, la que establece la distinción original recogida en las primeras páginas de la Biblia: «Dios creó al ser humano a su imagen... varón y mujer los creó» (Génesis 1, 27). **La Sagrada Escritura asume un dato del sentido común**: el varón, «ish» en hebreo, es para la mujer, «ishshá», y viceversa (Génesis 2, 18. 21-25); sus cuerpos ajustan el uno en el otro, y también sus almas.

Como ya se ha indicado, de la naturaleza proceden los comportamientos acordes, que configuran un orden propiamente humano, del que se siguen la ley natural y el derecho natural, que ha sido expuesto por eminentes juristas. **Que muchas personas incurran en comportamientos antinaturales, no invalida la realidad objetiva.**

(...) Por fortuna, **gracias a Dios, queda gente que se sobrepone a semejante desmadre.** (...) Así también, no se podrá abolir totalmente la realidad; **muchas familias «normales» -padre, madre, hijos, matrimonios que duran para siempre-** en silencio, no sin luchas, van edificando el futuro de una sociedad digna de la condición humana.

Hay problemas sociales que percibimos a primera vista. No necesitamos mucho esfuerzo para darnos cuenta del hambre de los niños, el desempleo, o de la falta de salud de los pobres. Es fácil ver que el mundo sufre guerras impresionantes, expresiones del poder imperialista de algunos pueblos sobre otros. Salta a la vista la precariedad de los transportes colectivos en algunas ciudades y la ausencia de saneamiento público... Sin embargo, cuando se trata de revisar las relaciones sociales -que son también relaciones de poder- entre mujeres y hombres, no siempre percibimos esa problemática a primera vista. Estamos tan habituadas/os a vivir ciertos papeles sociales, que nos parece que forman parte de la propia naturaleza humana. Pensamos que los modelos de ser hombre y ser mujer siempre han sido así, y por tanto deben ser así. Rara vez pensamos en los procesos de evolución histórica y cultural, en los encuentros entre culturas, en las influencias recíprocas. Rara vez nos damos cuenta de forma existencial, de que son los diferentes grupos y personas en las diferentes relaciones quienes crean sus interpretaciones antropológicas y sociales.

Cuando comenzamos a reflexionar sobre las relaciones entre mujeres y hombres, nos damos cuenta de que casi espontáneamente nuestras sociedades atribuyen más poder, mayor valor, una fuerza organizativa más reconocida, una fuerza política más poderosa a los hombres, y dejan a las mujeres en segundo plano. Nosotras mismas, las mujeres, muchas veces acogemos esta condición particular como si la naturaleza o las fuerzas divinas hubiesen hecho una división de capacidades y papeles, de forma que sólo nos quedara aceptar con sumisión la evidente fuerza masculina. La radicalización de esa forma de organización social marcada por la ausencia de lo femenino en los niveles decisorios más amplios comenzó a acentuar una serie de disfunciones sociales, así como la percepción de que esa manera de organizarse socialmente generaba grandes injusticias.

(...) Escribir sobre eso puede parecer fácil. La dificultad mayor es sin duda la práctica cotidiana. Nuestro cuerpo ha sido en cierta forma moldeado para repetir la danza patriarcal en nuestros usos, costumbres, pensamientos, creencias y concepciones de la vida. Muchas veces intentamos dar nuevos pasos, pero es como si nuestros pasos sólo sintiesen seguridad en las formas tradicionales de la socialización de nuestro cuerpo. Queremos lo nuevo, pero nuestro cuerpo parece repetir los viejos movimientos aprendidos secularmente. Por eso, un austero ejercicio de cambio se nos impone. Nuestra creencia de que otro mundo es posible debería pasar a los movimientos de nuestro cuerpo, aunque de una forma lenta e imperfecta. Los cambios culturales -ya sabemos- se dan en forma lenta, ya sea constante, interrumpida o imprevisiblemente. Lo mismo ocurre con los otros niveles de la vida humana. Cambios económicos y políticas más solidarias y democráticas no se dan por decreto. Habituadas a los sistemas jerárquicos autoritarios, tenemos dificultad por ejemplo de aceptar en la vida diaria nuevos comportamientos éticos que tienen que ver con el respeto al bien común, con el cuidado de la naturaleza o nuestro medio ambiente. Seguimos el comportamiento habitual de las masas sin darnos cuenta de que todo cambio exige nuestro esfuerzo y disciplina. Por eso, todas las iniciativas de cambio necesitan ser respaldadas por grupos o comunidades capaces de sostenernos en los cambios que queremos vivir.

Un nuevo mundo a partir de una perspectiva igualitaria entre el género femenino y el masculino debe tener como respaldo un grupo constituido por nosotras/os mismas/os, capaz de evaluar nuestra comprensión del mundo y ayudarnos a dar nuevos pasos en el claroscuro de nuestra historia. Y, aparte de eso, debemos ser conscientes de que nuestros progresos no se darán en forma lineal. Nuestra historia tiene altos y bajos, avances y retrocesos. Lo importante es acoger esa condición frágil de nuestra existencia histórica y apostar por la ayuda mutua para que un mundo más justo, un nuevo orden nacional e internacional sean posibles.